



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

FIDELIDAD CONYUGAL



Pilla

1.—Mi marido no viene ya en todo el día, porque tiene un amigo con pulmonía.

2.—Hoy puedo todo el día pasar contigo.... Mi mujer cree que velo junto a un amigo!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—¡Allá arriba!, por Eduardo Bustillo.—Insomnio, por Juan Pérez Zuñiga.—Palsas, por Clara.—Los arcos de gala, por José Estremera.—Bacilica, por Sinesio Delgado.—El mapón primerizo, por Masad Matos.—Felicidad, por Ricardo J. Catarines.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Falsedad conyugal.—Cantares.—Orgullo patrio, por Cilla.



La otra tarde fué á toser fuerte Sagasta, para dar á entender que es el jefe vigoroso de un partido de oposición, y notó con profunda pena que tenía irritada la garganta.

—¡Demonio!—dijo.—Me parece que estoy acatarrado.

—¡Cielos!—exclamaron varios admiradores del expresidente.—

¡Está acatarrado!

Y la noticia cundió con la rapidez de Mencheta.

Media hora después Sagasta, tendido en el lecho, recibía la visita de un doctor ilustre.

—Si—decía el hombre de ciencia pulsando al paciente.—Hay algo de destemplanza. Noto cierta trepidación cavernosa en el hígado. De seguro que le duele á usted la espina dorsal, hacia su parte intermedia.

—No, señor.

—Pues le dolerá á usted, de seguro, antes de las cinco.

—Yo sólo siento cierta fatiga y un deseo muy grande de que elijan diputado á Alfonso, el hijo de D. Venancio.

—Ahora se trata de usted exclusivamente—replicó el médico.—Ea, á sudar, á sudar, y nada de conversación. Evite usted las impresiones fuertes y los recuerdos de la Junta del censo.

El caso fué que Sagasta estuvo en el lecho uno ó dos días, rodeado de todo género de atenciones. Sus correligionarios velaban su sueño y le calentaban el cocimiento de flor de saúco, con cariñosa solicitud.

—Yo me quedo aquí esta noche, para velar al enfermo—decía un senador vitelicio, arrellanándose en una butaca al lado de la chimenea.

—No es necesario—contestaba un aguerrido general.—Me basto y me sobro para asistirle y darle todas las fricciones que mande el médico.

—Si hay que ponerle sanguijuelas, aquí estoy yo—añadía un exdiputado que antes había sido cabo segundo de Sanidad militar.

En esto llegó un consejero de Instrucción pública, que había estado calentando en la cocina una bayeta, y quieras que no se la puso á D. Práxedes en el vientre.

—¿Qué hace usted?—preguntaba el ilustre hombre de Estado.

Esto le sentará á usted como mano de santo. Es una bayeta calentada con humo de espliego. Ya verá usted cómo se le quita á usted el dolor.

—¡Pero si no me duele!...

En suma, D. Práxedes no ha tenido más que un ligero catarro, y la noticia fué comunicada telegráficamente al *The Times* de Nueva York y al *Chin Chin Kí Kí* de Cochinchina.

En cambio yo llevo cerca de tres meses en un ¡ay! con la garganta en carne viva, las fuerzas agotadas, el ánimo abatido, la cabeza débil, y tengo que escribir casi todos los días un artículo cómico.

Nadie llega á darme fricciones, ni á preguntar por mi salud, ni á velar mi sueño. El único que llega todos los meses es el encargado de cobrar la casa, y cuando ha recibido el metálico, dice con cierto regocijo interno:

—¿Conque sigue malo, eh? Vaya, vaya; pues dígame usted que se alivie.

Vienen, me lo dicen, y nada! No me alivio.

Habré tomado á estas horas unos nueve metros cúbicos de ioduro de potasa; me habré gargarizado con malvabisco la friolera de cuatrocientas once veces, y he gastado muy cerca de doce mil reales en pomada de belladona.... Pues sin embargo de todo esto, ni me alivio, ni dejo de trabajar, ni nadie se compadece de mi triste situación; y aún habrá de seguro lectores del *MADRID COMICO* que digan, arrojando con impaciencia el periódico:

—¡Jesús! ¿Qué hombre más soso es esta Taboada!

Soso, sí, soso; ¡si tuvieran ustedes la garganta como la tengo yo!

Bien veo que ustedes no son responsables de mi dolencia ni tienen que guardarme consideraciones de ninguna clase, pero bueno es que conozcan mi estado para que al leer estos insustanciales artículos se acuerden al menos de que no tengo un solo instante de tranquilidad.

Y digo yo: ¿Por qué han de existir estas irritantes diferencias? ¿Por qué un simple catarro de Sagasta ha de hacer crujir á las prensas, y yo que no puedo sostenerme la cabeza sobre los hombros he de seguir trabajando entre agudos dolores y exponiéndome á la crítica del público?

No puedo conformarme con estos designios inescrutables de la Providencia, y eso que procuro hacerme superior y respeto como el que más al Hacedor Supremo.

Á Sagasta, que no tiene que ganarse la vida escribiendo artículos, le dura el catarro veinticuatro horas todo lo más, y yo llevo cerca de tres meses en un grito. ¿Por qué no habrán de repartirse estas cosas, á fin de que todos sufriésemos por igual las adversidades de la fortuna?

Pues, no señor, mientras yo tengo que levantarme del lecho para improvisar esta malhadada crónica, un joven, con cara de gato rubio, pasea por delante de mi casa, dirigiendo miradas de fuego á una chica que vive en el principal y parece un sacatrapos. Hace tres horas que el *oso* no cesa de molestar á los transeúntes y se propone, sin dnda, pasarse en la acera los mejores días de su vida.

Y yo me pregunto, al tiempo de gargarizarme:

—¡Pero, señor! ¿Por qué no envías algo de lo que á mí me sobra á ese desocupado, que trae alborotada á la vecindad y á los cariñosos padres de mi vecina? ¿Qué he hecho yo para sufrir de esta manera?

Mis lamentos resultan inútiles, y estoy por decir que las medicinas también; pero no pierdo la esperanza de curarme, como se han curado otros, según ellos mismos aseguran.

El caso es que desde que estoy enfermo oigo decir á casi todos mis conocidos:

—¡Bah! Eso no es nada. Yo he estado peor que usted.

—¿Sí?

—Muchísimo peor. Á mí una tarde, mientras hablaba con un canónigo, se me cayó la campanilla entera.

—¿Y con qué se curó usted?

—Con vino de Valdepeñas. Tire usted las medicinas y dedíquese usted al peleón.

—Pero....

—Guíese usted por mí.

Pocos son los amigos que no han tenido una enfermedad semejante á la mía, si hemos de dar crédito á sus afirmaciones.

—¿Cuánto tiempo lleva usted de enfermedad?—pregunta uno.

—Cerca de tres meses.

—Yo estuve dos años y medio boca arriba sobre un felpudo; pero á mí me quemaban la garganta con una llave candente y tomaba el vitriolo á todo pasto.

Resulta, pues, que debo dar gracias á Dios porque aún no he arrojado la campanilla, y que mi enfermedad es como el sarampión en los niños, que hay que pasarlo por fuerza.

Pero lo que sé decir á ustedes es que ninguno de esos amigos que hoy se enorgullecen refiriendo sus pasadas penas tenía que escribir artículos cómicos, ni he oído quejarse á ninguno antes de ahora.

Por lo cual sigo creyendo que el único que padece de la garganta en este planeta soy yo.

LUIS TABOADA.

¡ALLÁ ARRIBA!....

¡Qué pobre, pero qué hermosa en su alegre solabanco, todo luz por la inocencia, todo paz por el trabajo!

Nido y trono á tal altura se hizo con sus propias manos, y airo puro y sol y flores su hermosura acariciaron.

Como ave que sólo canta del ramaje en lo más alto, porque el sol y el aire puro dan alegre tono al canto,

ella, viendo siempre el cielo, su soledad alegrando, canta descuidada arriba sin miedo al fragor de abajo.

Pero el ave también deja las altas ramas del árbol, obligada por el hambre á rastrear por el barro.

Porque en el húmedo surco dorca sabroso el grano, y allí es el mísero insecto del apetito reclamo.

Y ella baja de su altura y emudece como el pájaro, para buscar su alimento donde bullen los gusanos:

esos de la luz brillante, hermosuras de otro rango, que viven en ocio eterno lo que ella trabaja á diario.

Desde aquella alta ventana donde el clavel y el geranio son, por el aire movidos, de la modestia incensarios,

hasta la tienda lujosa donde el industrial evayo suvaporera las labores que á la pobre desvelaron,

¡cuánto salpicos de lodal cuenta tentación al paso! qué pedir con las miradas! qué prometer con los labios!

Ondas de viciosos, turpes recursos de hastiados, apremios de Celestinas, deleitaciones de vagos:

el mal que en triunfo pasea, el bien que pasa de largo, cubierto el uno de alhajas, vestido el otro de harapos:

el orgullo, que la ofende, la piedad, que la hace daño, la codicia, que la explota, y el vicio siempre al asalto.

Con todo ese peso vuelve y con su jornal menguado, la hermosa que aún no ha sentido de su pobreza el cansancio.

Y en su tabuco, entre flores, alma pura un cuerpo sano, vuelve á cantar allá arriba sin miedo al horror de abajo.

EDUARDO BUSTILLO.

INSOMNIO

A punto de sucumbir estaba en Cádiz don Blas, pues llevaba sin dormir veintitrés años á más, y en su desesperación vino á ver á un tal Remigio, que para la curación del insomnio era un prodigio.

¡Queréis saber lo que hablaron! Pues el diálogo siguiente es copia del que entablaron el médico y su cliente.

—Doctor, me aburre y me afige no poder dormir ni un rato, y si esto no se corrige, cojo un cuchillo y me mato.

—Venga el pulso.... Bueno está. ¿La lengua?... Limpia se ve. No sé á qué obedeceré eso que me cuenta usted;

mas con calma y con cuidado podremos dar en el quid.

—Estoy tan desesperado que hago este viaje á Madrid, pues aunque punga cerrojos á mis ojos, no hay manera de que se cierren mis ojos cinco minutos siquiera.

—¿Le han llegado á usted á mandar adormideras?

—¡Pardiez! ¡Si hasta me han hecho tomar pasta de hígado de jure!

—Mas nada le ha sido fructífero, aunque al coñete me he echado más de un drama soporífero.

de los que se han estrenado, además de conseguir un tratado superior para aprender á dormir, hecho por un senador.

Conque á ver de qué manera puede usted irme curando, pues, la verdad, yo quisiera pasar las noches roncando,

aunque en sueños veinte toros me clavasen sus *aguijas*, ó llevaránme los moros á las suegras ó las brujas.

—Tome morfina. —Es veneno que no me causa impresión.

—¿Sigue usted método bueno para la alimentación?

—No hago ningún disparate. Verá usted: por la mañana me tomo mi chocolate con.... lo que me da la gana.

—Tomo luego al mediodía sopa, cocido, dos platos (que mi sirvienta varia) y un par de postres baratos.

—Después un café.... hasta allí, ¿pero toma usted café?

—Seis tazas. —¿Hasta ahora si que no me ha partido usted! Dalo usted por suprimido.

—¿Dormiré? —Como un lirón. —¿Qué doctor más entendido! —¿Qué postazo de melón!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

PALIQUE

Los conservadores han perpetrado otra *comisideranada*, sólo que á conejitos tapados, ó casi tapados, porque en vez de escoger para teatro de sus hazañías la calle de Valverde de Madrid, se han ido á hacer sus cosas feas á un rincón de España, á la Universidad de Oviedo. Como dijo el otro—y salvá sea la parte—

—las bellaquerías detrás de la puerta....

Campoamor, invitado y hasta rogado por varios catedráticos de dicha escuela, ninguno de ellos conservador ni reformista, republicanos muchos, hubls aceptado en principio la honra de

que le anunciaran como candidato á la representación de la Universidad de Oviedo en el Senado. El Sr. Cánovas, consultado al efecto, había aprobado la idea, pareciéndole, como era natural, de perlas el senador.

Y en eso estábamos cuando.... *quez eye*, quiero decir cuando se presenta el Neptuno en *Abbe*, el Júpiter Tonante (Tonante, señores cajistas, cuidado) de Pravia y de Piloña, el gran *apenedor* de todas las fiestas de la libertad asturiana, el Barba Azul de montería picona, el hijo de Felipe José Pidal, ó sea Alejandro Mínimo, Alejandro el Barba, Perico el Ermitaño, iniciador de la cruzada contra los Torenistas, en fin, el discípulo de Aristóteles cardenalino, el hermano del segundo y adocenado marqués de Pidal.

Ya se sabe que Cánovas tiene dada en *isuldo* la *Swiss española* á Pidal *juador* (y *longior*) y, amigo, entre su propio candidato, Campoamor, y el candidato de Pidal.... es claro, D. Antonio tuvo que decidirse por *Commalerán II*.

Si, señores; Campoamor, por no irritar las iras de Alejandro, fué *vetrado* por Cánovas para dejar el puesto á.... el barón de Covadonga (!), una excelente persona que escribe tuve con *b*, es decir, que no escribe tuve, sino tube, y que no es bachiller, ni gana.

Campoamor es asturiano, Campoamor es académico (compañero de Pidal y de Cánovas), Campoamor es literato insigne (digo yo), es filósofo; bueno, pues como si cantara. Campoamor no era el candidato de Pidal, y el serlo de la mayor parte del profesorado de la Universidad que había de elegirle, en vez de favorecerle, le perjudicaba; porque Pidal á lo que tira siempre es á molestar, á humillar á los profesores de la Universidad de la patria de su padre.

Campoamor, conservador, era acogido con entusiasmo por profesores liberales, republicanos, y Covadonga, *tetuanista*, ayer sagastino, era rechazado por el *claustrro* de profesores de Oviedo. Y *naturalmente*, Campoamor tuvo que retirarse porque Pidal se llama *tea*.

Y allá va un poco de estadística y otro poco de historia, todo ello sin ánimo de molestar al bueno del barón de Covadonga, al cual nada le falta para ser una bellísima persona más que perder esa manía de representar á los doctores de Oviedo. En la Universidad que *representa* el barón no hay más facultad que la de derecho. Pues bien, hé aquí la lista de profesores que ahora *quisieron* votar al de Covadonga y la de los que le votaron.

Félix Aramburo. Rector. Catedrático por oposición. Autor de obras alabadas por la prensa y el profesorado en Italia, Francia, Portugal, América, etc., etc. (Votó en blanco.)—Adolfo Buyla. Decano. Catedrático por oposición. Autor de obras alabadas *idem id. id. id.* (No votó.)—Guillermo Estrada. Orador insigne de las Constituyentes del 69. Autor de obras. Jefe del partido carlista en Asturias. Catedrático por oposición. (No votó.)—Matías Barrio y Mier. Orador y secretario de las Constituyentes. Jefe del partido carlista en la región castellana. Diputado electo. Catedrático por oposición dos veces. (No votó.)—Victor Ordóñez. Autor de obras alabadas por la prensa, etc., etc. Catedrático por oposición. (No votó.)—Fermín Canella. Autor de obras alabadas, etc., etc. Catedrático por oposición. (No votó.)—Faustino Vallina. Autor de obras, etc., etc. Catedrático por oposición dos veces. (No votó.)—Leopoldo Alas (*Clarín*). Catedrático por oposición. (No votó.)—Adolfo Posada. Autor de obras alabadas y traducidas en italiano, etc., etc. Catedrático por oposición. (No votó.)—Rogelio Jove. Autor de obras, etc. Catedrático por concurso, pero con varias oposiciones. (No votó.)—Gerardo Berjano. Catedrático por concurso, pero con varias oposiciones al profesorado y á otras carreras. (No votó.)—José Giles. Autor de obras, etc. Catedrático por oposición. (No votó.)—La mayor parte de estos señores hubieran votado á Campoamor.

Votaron al barón de Covadonga: Juan Rodríguez Arengo. Catedrático *sin* oposición. Justo Amandi. Catedrático *sin* oposición. Eduardo Serrano. Catedrático por oposición. Ahora el que tenga ojos que vea. Si el señor barón cree oportuno añadir á su acta de senador por la Universidad de Oviedo la estadística anterior, hágalo. ¿Quiénes dieron sus votos al barón? A más de los tres catedráticos citados y dos auxiliares, 19 doctores, que, dicho sea sin ofenderles, para nada se acuerdan de la Universidad hasta que truena.... el barón de Covadonga, es decir, hasta que reciben la correspondiente circular.... por esa Universidad que *hás* la honra de representar....

Tenemos, pues, que contra viento y marea, Pidal ha postergado en Asturias al gran poeta asturiano, en la Universidad al insigne académico, compañero suyo, ilustre literato y filósofo. Y le ha postergado para dar el triunfo á un señor que no tiene título alguno académico, ni sabe ortografía, ni ha recibido siquiera contestación á sus oficiales ofrecimientos al claustro universitario.

A Cánovas hay que hacerle la justicia de que defendió *algo* la candidatura de Campoamor.

Peró hay que hacerle también la justicia de que debió defenderla más y no supeditarla á los derechos feudales de Pidal en Asturias.

Y perdonen ustedes este palique cuasi-serio. En rigor es más cómico que ninguno.

Si Taboada le cogiera por su cuenta.... pero no; le suplico que no lo haga. El barón de Covadonga, en el fondo, es inocente; es inocente sin ortografía. El se habrá dicho: en el tomar no hay engaño. El culpable es Pidal. Y después de todo, tampoco. Por-

CANTARES



¡Aaaaaaaa....!



Piensen los enamorados,
piensan y no piensan bien,
piensan que nadie los mira,
y todo el mundo los ve.



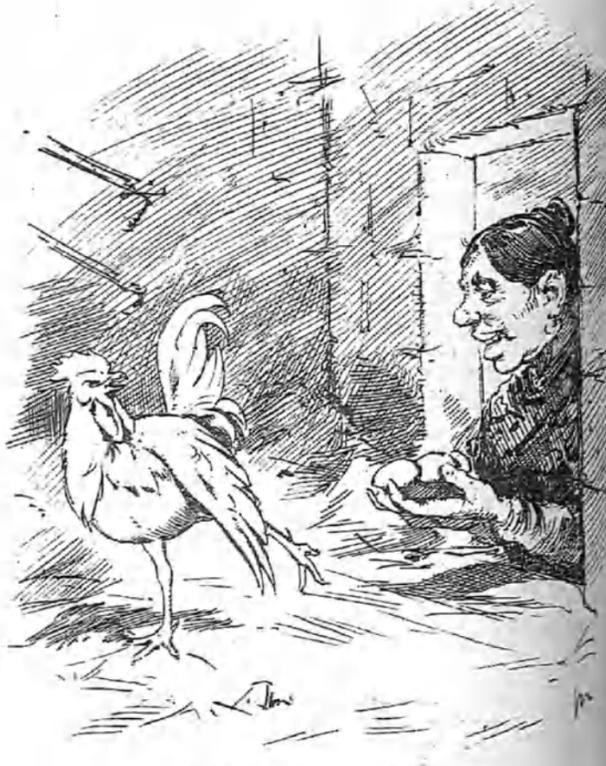
Una chupa, dos chupas,
tres chupas, cuatro,
cinco chupas, seis chupas
tiene mi majío.



Nadie plante su viña
junto al camino,
porque todo el que pasa
corta un racimo.



Hermana Malena,
llama a hermano Diego
y que le diga al confesorcito
que confesarme quiero.



Al demonio se le ocurre
lo que hizo ayer mi vecina:
ponerle huevos al gallo
creyendo que era gallina.



Allí dentro veo
un barril tapao....
¡Quiera Dios que sea
vino amontillao!....



Ni la Veracruz es cruz,
ni Santo Domingo es santo,
ni Puerto Rico es tan rico
para que le alaben tanto.

que si á él le regalaban una provincia, ¿qué ha de hacer sino métersele en el bolsillo?

Quien yo quisiera que tomara nota de este artículo es la prensa seria del todo. No se fijen en que es MADRID CÓMICO quien habla, sino en lo que habla.

Cánovas y Pidal, académicos, no han querido que fuera senador por la Universidad de Oviedo al poeta y académico y asturiano Campogor. Y han preferido á un barón que cuando *fuera la hora* la tuvo con él, como la baronía.

Y pensar que todo eso puede ser envidia de poetas afortunados!

Si; también Pidal debe de haber escrito versos. Que le registren y se le encontrarán entre las actas electorales... en blanco, (en verso blanco) que le mandan sus agentes y caciques, los que le han hecho grande hombre y *amovén* infalible.

CLARÍN.

LOS ARREOS DE GALA

FÁBULA

Queriendo un día un caballo, animal de muy buen gusto, comprarse para unas fiestas unos arreos de lujo, fué á ver á un talabartero conocido en todo el mundo por el primero de cuantos hacen carretes de brutos. Viendo entrar á un personaje tan noble, lleno de júbilo el tendero amabilísimo á sus órdenes se puso, y le enseñó cien jaecas con intrincados dibujos llenos de mil colorines y de bordados de bulto. ¡Balos examinando el caballo uno por uno, pero vió que todos eran

chillones, carros y barros. Y como viera el tendero que no compraba ninguno, le dijo con cierta sorna, mohino ya y cejijunto: —Usted podrá recorrer mil tiendas, mas difícilto que encuentre usted paramentos mejores ni de más gusto, pues á comprar á mi casa ha venido siempre el público más numeroso, á quien todos mis arreos gustan mucho. —Mire usted, amigo mío— dijo el corcel,—no lo dudo; mas dígame, ¿quiénes son sus parroquianos?

—Los burros.

JOSÉ ESTREMEIRA.

BUCÓLICA

Pajarillos parteros, ovejas que triscán en los oteros, oloroso tomillo que gratis embalsama el ambiente, burladero aromático y sencillo del gazapo inocente, corretona perdiz que te paseas á través de los sarcos del barbecho, aguanieves gentil, de blanco pecho, que al borde del arroyo picoteas, murmuradora fuente cristalina que no has copiado nunca más retrato que el del perro del hato que el agua al chapuzarse arremolina, palomitas torcaces, insectos fastidiosos y voraces, bosquecillos, praderas, colinas, matorrales y laderas, sasurros del pinar, rumor del río, pardillos, cogujadas, ruiseñores, genios de la vagancia y del hastío... decidme: ¿no se aburren los pastores? Porque yo, en esta villa coronada, donde abundan los goces y el dinero, y puedo conocer gente ilustrada y entrar en un café siempre que quiero á tomar chocolate con tostada; yo, que me agito y me distraigo y lacho bregando (*struggle for*) por la existencia... me aburro mucho á veces, ¡pero mucho! y se me agota á ratos la paciencia; con qué... ¡cómo serán las horas malas que pasen pastorcitos y zagalas!

SINESIO DELGADO.

EL MARIDO PRIMERIZO

Si ustedes, los que todavía no han bajado la cabeza para que les coloquen el santo yugo, hubieran de seguir mis consejos, me permitiría recomendarles, para cuando llegue ese terrible caso, que hubieran de imitar la conducta de mi amigo Rogelio.

Rogelio antes del lazo, no se parece al Rogelio en el lazo, ni al mismo después del lazo.

Antes era un muchacho muy apreciable, muy sensato, muy comedido, de trato agradable... Hoy se ha hecho insoportable or lo dulzón.

Su casa parece una confitería, todo está invadido por la luna de miel, hasta parece que los muebles están pringosos, y si esuviéramos en verano, ya tenían las moscas donde saciar su pasión.

La recién casada resulta con todo esto una mártir, mártir de la felicidad.

Le sucede á la infeliz lo que á los chicos que entran de aprendices en una pastelería. Los primeros días se atracan de bollos después aborrecen el dulce.

¿Aborrecerá el dulce matrimonial la mujer de Rogelio?

¡Ah! Los maridos ignoran que en la época de la luna de miel es cuando se colocan los jalones de una vida tranquila y ordenada.

Rogelio no deja á su esposa á sol ni á sombra.

Entra el criado diciendo: "Señorito, ahí está el barbero."

Y Rogelio, que tiene en sus brazos á María, su hermosa María, su dulce María, dice: "Anda, hija, vamos á afeitarnos," y le hace sentar frente á él mientras Figaro le limpia la cara.

Si va algún amigo á visitar á Rogelio, la primer dificultad es hallarle asequible.

A las diez: "El señorito no se ha levantado aún..."

A las doce: "Están almorzando los señoritos..."

A las dos: "Los señoritos han salido de paseo..."

A las ocho de la noche: "Ya se han acostado los señoritos..."

Cuando van por la calle, Rogelio lleva á María del brazo, pero sujeta fuertemente, no como quien acompaña á la mujer amada, sino como quien conduce un delincuente y teme se le escape.

¡Ay del que se atreva á tropezar con María! Rogelio, que un mes antes hubiera sufrido resignado cualquier empujón involuntario, se exalta en cuanto rozan el vestido de su mujer y exclama fuera de sí:

—¡Animal! ¡Estúpido! ¿No tiene usted ojos? ¿No ve usted por dónde va? Por poco pisa usted á mi mujer, y ¡ay de usted si la llega á pisar!

Como Rogelio ha sido siempre amigo mío, me concedió el otro día la honra de tenerme á su mesa. Almorcé con ellos, con ambos.

¡Oh! ¡Qué almuerzo! ¡Qué empalagoso idilio!

Yo, al fin y al cabo, comí de lo que quise y cuanto quise, pero María, la recién casada María... ¡oh! ¡pobre mártir del amor conyugal recién estrenado!

No llenaba su cometido Don Pedro Recio de Tirteafuera con tanta escrupulosidad como Rogelio.

—A ver, Josefa (Josefa es la doncella), ya le he dicho á usted que el plato de la señorita ha de estar lo más inmediato posible al mío. Veamos esa tortilla. ¡Esta tortilla está demasiado hecha! ¡Estando tan dura es indigesta! ¡Diga usted á Juana (Juana es la cocinera) que no ponga cuidado en nada! Y no sé lo que le pasa; está atolondrada esa mujer.

—Pero Rogelio—dice María,—si la tortilla está buena, ¡si me gusta así!

—¿Te gusta? Josefa, no diga usted nada á Juana. ¡Basta, María, basta! No te pongas tanto. ¡Mira que una indigestión no se sabe cómo viene!

—¡Pero si me gusta mucho!

—Bien, amor mío, bien, pero sé prudente, por tí, ¡por mí! ¿quién sabe si por *alguien* más!

—Rogelio, ¿qué me sonrojas!

Rogelio dirigiéndose á mí:

—Tú, por supuesto, come lo que quieras, no hagas caso de nosotros. Ya ves, he de cuidarla; son deberes míos, deberes que me ha impuesto el lazo que... (Mirando á María.) ¡Pero qué hermosa es!...

Traen un nuevo plato.

—Josefa!... Estas chuletas... me parece que... ¿no están demasiado crudas? ¿No crees, María, que están un poco crudas?

—¿Quizás!...

—Josefa! Dígame usted á Juana que ya ha perdido los papeles en materia de asar chuletas...

—Pero, hijo, si yo prefiero la carne así... á la inglesa.

—Ah! ¿Si, á la inglesa? Josefa, no diga usted nada á Juana. Al ravés, dígame usted que estoy muy satisfecho por lo inglesa que nos está resultando.

Llega el pescado.

—Josefa! Dé usted orden para que desde mañana no traigan pescado, por lo menos hasta que el pescado tome la resolución de venir al mundo sin espinas; no quiero yo que la señorita...

—Pero, Rogelio mío, si yo tengo cuidado, si separo bien las espinas; además, me muero por el pescado.

—Josefa! Josefa! No dé usted tal orden. ¡Que traigan pescado siempre! (Volviéndose á María y con acento meloso.) ¡Ingrata! ¡Has dicho que te mueres por el pescado! ¡Tengo celos de él!

—Tonto!

—Tonta! (A mí.) Tú come y disimula estas expansiones. Ya ves... ¡la quiero tanto!... ¡tanto!... ¡tanto!...

—Nada, nada! (replico yo). Por mí no os contengáis. Ya sé lo que es una pasión...

Pero ¡qué almuerzo tan enojoso, tan empalagoso, tan indigesto!

Lo que es yo no voy á almorzar con Rogelio hasta que trascurren unos cuantos meses.

Las quejas, por supuesto, alcanzan á todos los que les rodean. Si el vecino que vive encima da una patada en el suelo ó corre una silla, ya está Rogelio gritando:

—¡Josefa! ¡Josefa! Suba usted y diga al vecino de arriba que no meta ruido, que esto no es un cuartel, que aquí viven personas que necesitan silencio y reposo. ¡Pues hombre! ¡No falta la más!

Si Rogelio, al bajar por la escalera con María, encuentra una cáscara de nuez, ya la tiene armada con el portero.

—¡Nada! ¡nada! Si no barre usted mejor la escalera dará una queja al amo de la casa. He encontrado una cáscara de nuez, he corrido el riesgo de que mi esposa resbale y se caiga. ¿Y sabe usted los perjuicios que puede ocasionarnos ahora una caída?

—Pero hombre!—dice María.

—¡Qué! ¿Te gustan las cáscaras de nuez en la escalera? ¿Quieres que echen más?

En fin, señores míos, no se dice llenando un volumen las majaderías, las inconveniencias que hace Rogelio en el desempeño de su cargo de marido primerizo.

¡Y considerar que dentro de un año no se ganará en la casa para vajilla!

Porque con los maridos que toman de tal modo carrera por la senda del matrimonio sucede eso.

Primero se comen la luna de miel.

Y luego se tiran el plato a la cabeza.

¡Y ay si el plato le coge primero la mujer!

M. MATOSÉS.

FELICIDAD

(A MI BONDADOSO E ILUSTRE MAESTRO DON FEDERICO BALART)

Era alta noche; me quedé dormido,
y vi en mi sueño á una mujer hermosa,
que llegaba hacia mí tan presurosa
como vuelan los pájaros al nido.
Desde entonces mis íntimas refriegas
son fruto de su odiosa tiranía;
sueño de sus contornos la armonía,
su blanco seno y sus facciones grégas.
Era su andar como el volar de un ave;
sus ojos, un diluvio de destellos;
rayos de sol besaban sus cabellos;
todo su cuerpo era un zig-zag suave.
Envuelta sólo por ligera gasa,
que apenas si servía de envoltura,
pasaba por el velo su escultura
como la luna por las nubes pasa.

Renunció á describir lo indescriptible;
era la más mujer de las mujeres....
Al verla yo le pregunté: «¿Quién eres?»
y «Soy Felicidad, dijo imposible.
Eterna soy, como el dolor que abruma;
soy inmortal, como el Judío Errante;
más intangible que el amor del Dante;
como Venus, nacida de la espuma.
La inmensidad ante mis ojos veo;
yo presencié cuanto la historia encierra,
los constantes vaivenes de la tierra,
las luchas del placer con el deseo.
Vi siempre á todos perseguirme en vano;
vi el despotismo eterno del más fuerte;
el hierro vi que á Hipatia dió la muerte;
la hoguera vi donde murió Giordano.
Todo lo recorrió la planta mía;
vi los fugaces éxitos de gloria;
vi los pueblos asombro de la historia,
Roma, Atenas, París, Alejandría....
Al hombre siempre mi desdén espanta,
si el falso halago de mi voz escuche;
ya Abderrahmán por conseguirme lucha,
ya Schopenhauer mis grandezas canta....
Yo soy Felicidad, mujer completa
que resume los sueños de la vida;
cuanto más inconstante más querida,
y cuanto más querida más coqueta.»

Sintiendo celos á la par y amores,
esclavo del ímán de su hermosura,
me atreví á preguntarle con dulzura:
«Dime, pues, ¿quién obtiene tus favores?»
«¿Quién consigue tu amor? ¿á quién se humil'ast?»
Felicidad entonces, pudorosa,
«¡Soy virgen!» dijo, y de color de rosa
líbranse al decirlo sus mejillas.

RICARDO J. CATARINEU.

CHISMES Y CUENTOS

Solución al jeroglífico del número anterior:

Mi amor está en un colapio
y lo tienes en tus manos;
súbelo, súbelo, súbelo,
bájalo, bájalo, bájalo.

Dice el Sr. D. Manuel Cañete, á propósito de un estreno desgraciado *añadido* en el Teatro de Lara:

«No quisiera formar juicios temerarios; pero lo que ahora pasa en esta corte, y muy particularmente en varios teatros de función por hora (judale, molino!), merece llamar la atención de los amantes del arte. Cualquiera diría, en vista de lo que ocurre, que hay escritores interesados en impedir á toda costa que nuevos ingenios entren á compartir con ellos lo que intentan monopolizar, no reparando en medios, por reprobados que sean, para satisfacer su egoísmo.»

¡Alto, D. Manuel! ¿Es posible que usted crea de buena fe eso que dice? ¿Cómo á un hombre del talento de usted puede ocurrírsele la idea de que hay, no una pandilla de autores, sino un solo autor capaz de semejante cosa? ¿Cómo puede caber en cabeza humana semejante mal pensamiento? Ni ¿qué le puede importar á nadie que se estrene una obra más?

Y sigue D. Manuel machacando sobre lo mismo:

«La especie de oligarquía masónica de poetas ó poetastros abastecedores habituales de uno ú otro coliseo, sobre ejercer presión en el ánimo de las empresas induciéndolas á rechazar toda producción de ingenio extraño á su cofradía, hace lo posible directa ó indirectamente para *recutar*, como ahora se dice, aquellas obras que han sido admitidas á despecho de su detestable oposición.»

Bien; pues esta grave suposición, que ofende á tanta gente, tiene importancia por partir de una autoridad en materia de crítica, á la cual, fuera de broma, concedemos todos la atención que merece.

Para su falsedad salta á la vista.

No hay manera de imponerse al verdadero público. Ni cuatrocientos enemigos de un autor pueden impedir que guste una obra, ni mil amigos alabarderos salvan lo que no debe salvarse.

Y para convencerse de que no hay tales obstáculos para los principiantes, no hay más que ver la lista de obras de jóvenes desconocidos estrenadas con éxito en todos los teatros, y en el de Lara especialmente.

Y sobre todo, ¿á qué viene defender á capa y espada una mala traducción del francés? ¿Es para animar á los chicos que empiezan á que *transporten* *vandevilla*? ¡Pues medrados estamos!

Es preciso ahogar esa especie calumniosa. Porque así empezamos, en broma, á hablar de los *recutadores*, que ni existen ni han existido nunca, y ahora los sacan á relucir cuando les conviene todos los escritores silbados.

¡D. Manuel, por Dios, no se meta usted en esas cosas!

Por supuesto, usted respira todavía por la herida de *La prensa del lugar*, que cree que fué desechada por sus compañeros. Y no hubo tal. Al público es á quien hay que colgar esos milagros.

Seamos modestos.

Gasté cuanto hay que gastar
por un amor pasajero....
¡y me he venido á quedar
sin amor y sin dinero!

ALFREDO LÓPEZ.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. M. L.—Madrid.—¡Es tan poquita cosa!

Rosales.—A ratos no está mal, á ratos se descuida lastimosamente la forma.... Y luego es una filosofía tan intrincada que no la desenreda el diablo.

Sr. D. J. D.—Elgueta.—Si son pocos los números que le faltan, tal vez podamos remitírselos. Y eso sería lo mejor.

Cañete.—Además de que eso lo acierta cualquiera con solo leerlo, en ese papel no sirve el dibujo.

Un estudiante.—Esas ideas y ese amor á la ciencia le honran á usted mucho. Pero los versos son como los de otro alumno cualquiera.

Sr. D. M. J.—Madrid.—Flojito está el soneto. El verso «haciéndole huir de las licencias» es cojo extraordinariamente. Sería preciso agitanar el verbo y decir «*huir* de las licencias.»

Cigarrita.—Larga, muy larga.... y lo peor es que carece de asunto, si se mira despacio.

Sr. D. A. R. R.—Madrid.—Yo he visto lo que usted quería decir por un prodigio de adivinación; pero ¡ay! el público no lo vería. ¡Está tan velado!

Canta Verdades.—Enterado y.... no lo lea usted. ¡No le parece buen remedio!

Solitario.—No; si mal no está, y supongo que á la anterior le pasaría lo mismo: lo que hay es que está pasada del gusto y el asunto es vulgar.

Sr. D. F. A.—Madrid.—¡Ay! Es que están mal medidos muchos de esos endecasílabos. Es decir, que no son endecasílabos propiamente.

Porta Ebris.—Pchs.... Esos cantares, para la novia, muy bonitos; para el resto de la humanidad, ni carne ni pescado.

Sr. D. P. V.—Empecemos: «Oyó Antonio decir....» y como quiere tener ocho sílabas y no lo consigue, no podemos seguir adelante.

Proudton.—El ritmo anda por donde Dios quiere. Y hay que sujetarle, ante todo.

Garcés.—Usted las titula vaciedades modestamente.... Y no lo son del todo, pero poco les falta.

Toribio.—Así los melones encuentran alivio.

¡Que usted se divierta, señor don Toribio!

Sr. D. G. A.—Madrid.—¿No le chocaría á usted saber que no sirve? Pues más vale que no le coja á usted de sorpresa.

Catañismo.—Ha pasado de moda ese sistema del clauso final.

Sr. D. F. B.—Sevilla.—No usamos clichés. El periódico se hace en litografía.

ORGULLO PATRIO



—¡Y sí que soy de Villacañacio! ¿Y á ustés qué les importa? ¡Otros son de sitios peores!

La Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERARIOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.
En provincias no se admiten por menos de seis meses.
Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.
A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones a fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peñalzar, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

IMPRESIÓN: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINEGÍO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFIADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.